

16 de febrero de 2025 -- 6º domingo «C»

[Jer 17,5-8; 1 Cor 15,12...20; Lc 6,17...26](#)

Homilía

La cuestión de la felicidad y la infelicidad es tan antigua como las colinas. Desde el comienzo mismo del Génesis, la desgracia, fruto del pecado, priva de felicidad al hombre y a la mujer creados a imagen de Dios y partícipes de su felicidad eterna. Maldita la serpiente que los engañó; maldito el suelo sobre el que se arrastra y que tendrán que cultivar para obtener su alimento; maldito Caín, que mató a su hermano y, finalmente, malditos más tarde todos los que atacan al pueblo que Dios eligió para sí. (Todo el Antiguo Testamento está salpicado de este tipo de «maldiciones»).

Entre los profetas, es Jeremías quien mejor pone el dedo en la fuente de la desgracia y, por la misma razón, en la fuente de la felicidad. Jeremías vivió en una época de gran sufrimiento para el pueblo de Israel, y su propia vida personal se vio profundamente afectada por ello. Para él, estaba claro: la fuente de toda desgracia no es poner la confianza en el Señor, sino poner la confianza en un mortal, un ser de carne, sea quien sea, hasta el punto de alejarse del Señor. Jeremías yuxtapone toda una serie de imágenes elocuentes para describir a este miserable que ha descuidado poner toda su confianza en Dios: es como «un arbusto en tierra reseca». Habita en «los lugares áridos del desierto», o en «una tierra salada e inhabitable».

Lógicamente, para Jeremías, el hombre bienaventurado o feliz (*benedictus*) es el que pone su confianza en el Señor, de quien lo espera todo. Es «como un árbol plantado junto a las aguas», cuyas raíces nunca se marchitan, ni siquiera en los años de sequía.

Jesús retomó esta enseñanza de Jeremías y de los demás profetas al comienzo mismo de su predicación. Este mensaje es tan importante para Lucas que, con su habitual habilidad literaria, establece cuidadosamente el contexto, describiendo los lugares, los gestos, los oyentes y las palabras. Hay un descenso y un alto; está la montaña y la llanura. Están los doce y un gran número de discípulos, por no hablar de toda una muchedumbre venida de toda Judea, de Jerusalén (centro del culto de Israel) y de la costa de Tiro y Sidón, en tierras paganas. Mirando a sus discípulos, les dijo: «Bienaventurados vosotros los pobres...»; y, tras una larga lista de bendiciones, se dirigió a los ricos -que no estaban identificados-: «Desdichados vosotros los ricos...».

Vemos por estas palabras que los discípulos, a quienes Jesús

dijo «*Bienaventurados sois*», mirándolos, eran pobres, hambrientos, llorones, ya odiados y rechazados a causa de su nombre. En cambio, vemos que sus perseguidores eran ricos y saciados, y que se reían. «*Desgraciados de vosotros*», les dijo Jesús. Por haber puesto vuestra confianza en estas realidades efímeras, ya tenéis vuestra recompensa -efímera-; no tendréis ninguna otra.

Este hermoso Evangelio de las Bienaventuranzas, que leemos varias veces a lo largo del año litúrgico, es cada vez para nosotros una ocasión de preguntarnos en qué, o más bien en quién, hemos puesto nuestra confianza y nuestras expectativas.

Cristo bajó del monte a la llanura antes de pronunciar estas palabras. Este descenso simbólico recuerda el descrito por san Pablo en su carta a los Filipenses y aludido en el pasaje que hemos leído de la carta a los Corintios: Él, el Hijo de Dios, que era igual al Padre, se despojó de sí mismo y descendió hasta nosotros, haciéndose semejante a nosotros y haciéndose obediente hasta la muerte de Cruz. Por eso el Padre le hizo «resucitar»; le resucitó, le dio el Nombre y le hizo sentar a su derecha. Cada una de las Bienaventuranzas, especialmente la versión lucana, describe ese movimiento de descenso. Cada vez que nos atrevemos a aventurarnos en este movimiento de descenso, el Padre nos eleva a una vida nueva, fuente de felicidad: «*Bienaventurados*» somos entonces

Desgraciados los que piensan que pueden evitar este movimiento descendente por medios humanos. Son desgraciados, porque nunca podrán experimentar la alegría de «resucitar», de ser «resucitados» por el Padre. Ya tienen su recompensa y se contentan con ella.

Si Cristo no ha resucitado, nuestra fe es vana. Si no hemos resucitado, porque no hemos «muerto» a nuestras falsas esperanzas, somos infelices. La verdadera felicidad se nos ha escapado. ¡Que esto no nos ocurra nunca a ninguno de nosotros!

Armand Veilleux